# INCIPIT COMPENDIUM VOL. I

## [Muestrario nacional de inicios]



**Aleksander Kavrera, Geldyn López, Amndré Rentería Meza, Jeanneth Cruz, Felipe A. García, Geraldina, Jorge Mercado, Nancy Gutiérrez, Katy Álvarez, Ricardo Hernández Pereira**

**San Salvador, 2021**

*Otros panfletos antológicos publicados*
*por TRICHINOBEZOAR PRODS.*

## ***FINIS COMPENDIUM VOLS. I Y II***
## ***[Muestrario nacional de finales]***

*(ya no disponibles en ningún formato)*

Este panfleto antológico está limitado a 25 copias numeradas.

Esta copia es la

No. _______

# ÍNDICE

*La fascinación, en estado puro, por las primeras frases del primer capítulo de muchos libros se pierde rápidamente en el transcurso del relato: es la promesa de un tiempo de lectura que se extiende ante nosotros y que puede incluir todos los desarrollos posibles. Me gustaría escribir un libro que consistiera sólo de* incipits, *es decir: que mantuviese en toda su duración la potencialidad del inicio, la expectativa aún sin objetivo definido.*

*Pero, ¿cómo podría estar construido un libro así?*

Italo Calvino

## Palabras Preliminares

*Este es, sin lugar a dudas, el mejor de todos los panfletos antológicos que ha publicado* Trchnbzr Prods*. hasta la fecha.*

*Por lo menos es mejor que los dos volúmenes que le anteceden, titulados* Finis Compendium, *los cuales recolectaban los capítulos finales de una decena de recientes obras literarias nacionales. ¿No se les pudo ocurrir a los editores de la TRCHNBZR que al revelar la identidad de los asesinos, descubrir con quién decide casarse la heroína de la historia, o al explicitar las circunstancias finales de sus protagonistas, estaban arruinando la experiencia de los lectores? Quizás creyeron, erróneamente, que el viaje importaba más que el destino.*

*En todo caso, con este primer volumen de su INCIPIT COMPENDIUM, la TRCHNBZR no sólo pide disculpas por el error cometido, sino, de algún modo, también lo enmienda.*

*El concepto ahora parece ser la publicación de inicios (o* incipits*) de diez obras nacionales recientes. El precedente más inmediato es, desde*

*luego,* Si una noche de invierno un viajero *(1979), obra fundamental de Italo Calvino en la cual cada capítulo impar es el inicio de una nueva novela hipotética. Otros precedentes ilustres son* La literatura nazi en las Américas *de Roberto Bolaño,* Statements *de Herbert Quain y* Vacío Perfecto *de Stanislaw Lem.*

*De esta manera, Kavrera nos presenta el inicio de su obra ensayística* **La nueva poesía***, donde expone los fundamentos teóricos de su propuesta para el análisis futuro de textos poéticos. Personalmente considero que esta es la mejor parte de dicha obra, ya que las siguientes 1500 páginas consisten sólo de tablas numéricas y todo tipo de gráficas estadísticas y, por lo tanto, les resultarán de interés sólo a los especialistas en la materia, a los masoquistas o a aquellos lectores que disfrutaron el* Finnegans Wake *de Joyce.*

*Similar al texto de Kavrera en cuanto intención, pero no en su ejecución, es el primer capítulo de* **Arte Moderno***, la nueva novela corta de Felipe A. García, en la cual expone cómo un* performance *artístico modifica por completo la*

*vida en un país centroamericano anónimo: desde su sistema económico hasta su gastronomía, pasando por la indumentaria y el lenguaje cotidiano. En cierto sentido, la obra de García se podría considerar una ficción especulativa o utópica, no sólo por la presencia de un futurista metro subterráneo, sino también porque parte integral de la trama es la idea de que el arte puede influenciar no sólo a las personas, sino modificar la realidad misma, noción por completo ajena a estas latitudes. Alcanzo a percibir en el texto de García la impronta del filme* Suicide Circle *(2001), divertida comedia japonesa escrita y dirigida por Sion Sono.*

**Réquiem de los domingos**, *de Jorge Mercado, es el primer relato en una larga y compleja serie de historias que ocurren en una ciudad en la cual, como en la localidad de Comala de Rulfo o el feudo Bly de James, los vivos y los muertos coexisten. De esta manera presenciamos las dificultades cotidianas, los sueños y proyectos, las alegrías y las tristezas de estos personajes que pueden tener carne y hueso o solamente ectoplasma. De interés particular son*

*las escenas de los relatos finales en las cuales los espectros se toman las calles de la ciudad con pancartas donde se puede leer:* La vida de los muertos también importa.

*El primer capítulo de* **Junto al árbol de jícara***, la monumental novela de Amndré Rentería Meza, le hace creer al lector que el resto de la obra tratará acerca de la insensibilización de la niñez ante la violencia cotidiana del país, pero los capítulos siguientes nos revelan el propósito auténtico del autor. El árbol del título, de alguna forma sobrenatural que por fortuna no se nos intenta explicar, es el mudo testigo de un centenar de historias que ocurren bajo la sombra de sus frutos, desde la época precolombina, cuando nuestros antepasados realizaban ritos a su alrededor, hasta miles de siglos en el futuro, cuando nuestros descendientes busquen un planeta donde plantarlo.*

*Similar es el procedimiento de Geldyn López en su novela* **Lápida sin nombre**. *El primer capítulo de este breve pero intenso texto nos plantea la muerte de la narradora como un suceso un tanto menos ordinario que la*

*preparación minuciosa de una sopa de gallina. Asistimos, junto a ella, a su vela y a su entierro y en esos momentos creemos estar leyendo una ficción de tema surreal y estilo realista, como en las historias de Kafka. Pero en los capítulos siguientes la imaginación de López nos guía, mediante la voz de su narradora muerta, a través del misterio químico de la putrefacción, la exploración casi científica de la vida de los gusanos que se alimentan de su carne, el vuelo majestuoso de las aves que a su vez se alimentan de los gusanos y, en las últimas cien páginas, las docenas de voces, yuxtapuestas pero claramente definidas, de esos pájaros que también mueren, en distintos lugares del mundo, y que de alguna manera misteriosa siguen siendo la narradora original.*

*Geraldina (a secas) y Nancy Gutiérrez, por otro lado, nos ofrecen una muestra brevísima de las exploraciones más poéticas que narrativas que realizan en sus colecciones* **¿Usted va al cielo o al infierno?** *y* **Cinco minutos***, respectivamente. Geraldina examina la frustración de dos almas gemelas cuya fusión*

*última es obstaculizada por los mecanismos patriarcales de los sistemas religiosos: desde las cadenas de hierro del judeocristianismo y el islamismo, hasta las nociones menos pétreas del hinduismo; al final de cada relato esas almas gemelas mueren y al siguiente renacen, siempre buscándose. ¿Se encontrarán al final de la serie de historias? No cometeré el error de revelárselos. Los textos de Gutiérrez, en cambio, examinan minuciosamente los estados emocionales de lo que Robert Burton llamó, en el siglo XV, "melancolía"; en ese sentido, la serie forma, en su conjunto, un caleidoscopio de la angustia, una breve autobiografía de la tristeza y la desesperación. Lamentablemente tampoco puedo revelarles si en las últimas páginas la voz narradora consigue escapar del Tiempo, esa prisión hecha de horas y segundos, pero sí les puedo informar que Zenón de Elea, en el siglo V antes de Cristo, ya había propuesto en sus paradojas la imposibilidad del transcurso del Tiempo.*

*En la novela corta de Jeannette Cruz, titulada* **Los que mandan**, *la autora nos presenta*

*dos historias que se alternan de capítulo a capítulo: ambas son protagonizadas por niñas embarazadas, pero una pertenece a la aristocracia y la otra a la clase obrera; alrededor de ellas los engranajes oxidados del Patriarcado comienzan a moverse para triturarlas, sin embargo, ¿lo hacen con la misma furia o se ensañan con la más vulnerable, la más indefensa? La respuesta parece evidente, pero el texto de Cruz no ofrece respuestas fáciles, sino la invitación a indagar en esta realidad que, no por ser tristemente cotidiana, deja de ser menos atroz. Esta antología, debido a su concepto fundamental, recoge sólo el inicio de* una *de estas historias.*

*Katy Álvarez, por otra parte, nos ofrece en **El abuelo** el primer pasillo de un intrincado laberinto elaborado desde la memoria a partir de la ausencia de sus ascendientes. Estamos ante el atisbo de un mosaico de imágenes de infancia y juventud que se amplificará al relacionarse, poco a poco, con los extraños sucesos sociopolíticos que acontecen en un pequeño país latinoamericano: exilios, secuestros y*

*conspiraciones son narrados desde distintas voces, desde distintas épocas, siempre con un fino sentido del humor y un dejo tierna melancolía.*

*Finalmente, el primer capítulo de la novela* **Mutilaciones** *de Ricardo Hernández Pereira nos confirma que este autor nacional sigue siendo el más lúcido exponente de la pesadilla psicosexual, a la manera de un Thomas Ligotti o de un David Lynch. Prefiero no adelantar nada sobre esta historia de dedos cortados, amigos imaginarios y cementerios de automóviles y dejar que los lectores se adentren por sí mismos en sus horrores sutiles.*

*El hecho notorio de que cada* incipit *de esta colección funcione* también *como un breve relato individual es, desde luego, un mérito de cada participante.* Trchnbzr Prods., *sin embargo, desearía en última instancia que cada lector de este nuevo panfleto antológico busque por su cuenta las obras completas de las cuales presentamos en estas páginas apenas un atisbo.*

Lic. Enrique Lunde

# [LA NUEVA POESÍA



# ALEKSANDER KAVRERA]

Le gustaría que existiera un método más eficiente para determinar con precisión el valor de un poema. Por ejemplo: contar la palabras de un poema y clasificarlas de acuerdo a sus categorías gramaticales.

De esta manera podría decir: *El poema X, escrito por el poeta Y, posee exactamente cien palabras. Treinta verbos, veinticuatro nombres, dieciocho determinantes, once adverbios y tres adjetivos. El resto son preposiciones o conjunciones.*

Piensa que estos resultados se podrían presentar en gráficos de barra o de pastel, animados y tridimensionales y de colores intensos, adornados con porcentajes y fracciones decimales.

De esta manera podría decir: *Como podemos observar en las gráficas este poema es eminentemente verbal y, por lo tanto, predomina en él lo dinámico, la acción vertiginosa. Este otro, en cambio, es mucho más nominal y, por lo tanto, flota lento en el aire como una pluma o una mota de polvo.*

Especula que las gráficas de los poemas reemplazarán, eventualmente, a los poemas mismos: bastará ver una barra azul muy alta o una porción de pastel roja muy estrecha para saber si un poema conmoverá nuestras fibras espirituales o no. Ya no será necesaria cada minuciosa palabra puesto que se tendrá el resumen y el análisis de sus estadísticas.

Sueña con analizar de este modo toda la obra de un poeta: *Desde 1964, luego de su octavo divorcio, su uso de adjetivos aumentó 38%.*

O la poesía completa de una región: *El uso abundante de preposiciones es la característica más enigmática de las creaciones poéticas de esta región balcánica.*

O la tendencia de una época: *Resulta interesante notar que en los primeros días de agosto de 1857 la poesía mundial prescindió casi totalmente de perífrasis verbales.*

O realizar proyecciones del futuro: *Los datos revelan que en la próxima década se favorecerá la utilización de nombres epicenos.*

No le preocupan los detractores.

Sabe que algún romántico tildará su propuesta de fría o impersonal.

Predice que algún inconforme dirá que todo el asunto es como valorar al ser humano a través de los elementos químicos que lo componen: afirmar, por ejemplo, que la mayor o menor proporción que el carbono o el hidrógeno tengan en un cuerpo puede determinar las características más etéreas de su personalidad o los derroteros probables de sus sueños.

Adivina que algún necio dirá que el todo es mayor que la suma de sus partes y, quizás, incluso mencione la horrible palabra *sinergia*.

Pero en el fondo tiene la certidumbre de que la eficiencia de su método es innegable, espantosa.

# [LÁPIDA SIN NOMBRE



# GELDYN LÓPEZ]

Ese día había preparado sopa de gallina india para almorzar. La maté, la aliñé y le puse sus menjurges. Pelé las verduras y las lavé muy bien junto con las hierbas. Puse la olla con bastante agua porque la gallina era grande y tenía que alcanzar para toda la familia. Como a eso de las once de la mañana, mientras empezaba a dar los primeros hervores, tomé mi baño matutino. Había programado que la sopa estuviera lista a la una de la tarde. Entre tanto, en la casa había silencio: nadie decía nada, todas las mujeres que ahí habitaban estaban en sus quehaceres; no esperaban el gran banquete que yo les preparaba.

A las doce del mediodía me puse a hacer limpieza en la sala, el corredor y el patio. Acomodé el área donde íbamos a poner la mesa para almorzar. Después fui por las tortillas y niña Lita me hizo esperar por quince minutos.

—Niña Lita —le dije—, tengo prisa porque he dejado la sopa en el fuego. Deme las tortillas ya.

—Tome, mi muchachita linda, llévese aunque sea un dólar y después le mando las otras con Silvestre.

Niña Lita era muy simpática conmigo, nunca me trató mal y ese día fue una de las que más me lloró.

Cuando regresé con el tanate de tortillas me di cuenta de que las tías tuvieron la gentileza de haber colocado la mesa en su lugar y puesto las sillas que cada una traía de sus casas, junto a sus platos y cubiertos, porque a mí no me gustaba que ocuparan los míos. Siempre fui bien delicada, hasta con eso, y de esta manera mataba dos pájaros de un tiro, evitando lavar más trastes que de costumbre.

Casi era la una de la tarde. A la sopa no le faltaba mucho. Eché por último las verduras. Dejé cocinarlas unos diez minutos para que quedaran tronadoras. Le dije a madre que empezaran a ubicarse, que iba a ir sirviendo una por una. Empecé por ella y le puse un pedazo grande de muslo en el plato hondo. A madre no le gustaba la pechuga. En cuanto a las tías, les serví poca carne y más menudos:

eran muy tacañas y no se merecían mucho de mí ni de la gallina.

El afán de la reunión sólo era para despedirme de todas y en el almuerzo se rieron grandemente, sin notar mayor gesto en mí. Después de un rato me dieron las gracias por puro compromiso y para volver a tener un festín similar en el futuro. Terminamos de comer como a las dos y media. Ya era la hora de hacer la siesta. Las tías y madre se echaron a dormir. Recogí la mesa, lavé los platos que ocupamos madre y yo, y en cuanto a la olla con la sopa que sobró, la dejé en la estufa para calentarla en la cena.

Me sentí cansada. Sudorosa. Triste. Conforme. No tenía más palabras para irme. No deseaba confesarme con cada una de las tías y madre. Si acaso lo hubiera hecho, nada de esto hubiera pasado.

La noticia llegó a oídos de todas como a las seis de la tarde. Por rumores entre ellas de que no me levantaba de mi siesta se dieron cuenta de que ya no estaba más para la vida. Entraron a la habitación con curiosidad. Me vieron. Me

gritaron. Me sacudieron. Me pusieron alcohol en las fosas nasales. Me tomaron el pulso, pero yo ya no sentía nada. Me sacaron rápidamente del cuarto y me pusieron en el suelo de la sala para ver si estiraba el brazo o abría la boca. Nada pasó. Llamaron a la policía un rato después y ellos se encargaron de todo lo demás.

No fue hasta el día siguiente que regresé a la casa, ya helada. Había estado en la cámara frigorífica mortuoria por unas horas. El comandante Rivas llegó junto a la gente de la funeraria y dijo que, como nadie me había reclamado, ellos se tomaron el cargo de llevarme. Además, ya no podían verme porque nadie les había dado ropa para vestirme y parte de mi cara estaba deformada. Aquello donde yo venía estaba sellado.

—La dosis de formol no durará para muchas horas —exclamó el comandante.

—Eso no es inconveniente —dijo madre, quien hablaba en mi representación.

Ya todos estaban avisados en el barrio. Las tías salieron casa por casa a anunciar la noticia.

En la iglesia avisaron por el megáfono para que el resto del pueblo se enterara. Llegaban de a poco, llevando flores que no me gustaban y exclamando pésames de hipocresía. Eugenia, Maritza y Natalia eran mis amigas de la infancia. Vestían de negro desteñido y con poca decencia para asistir al evento funerario. Le dieron a madre dos bolsas de café y dos libras de azúcar, nada más, y se retiraron. Niña Briseida, la de la floristería de la esquina, llegó asombrada y explicó a madre que me había ido en el peor momento para la cosecha de las flores: estaban escasas. Pero como ella sabía las que me gustaban, se rebuscó y me llevó un ramito de mis preferidas, con mucho eucalipto adornando. Fueron las únicas que me agradaron en toda la velada. Niña Briseida pidió a madre que me las pusieran encima de aquello.

—Póngaselas encima —le dijo—. Es para que se dé cuenta y las abrace. No ve que se va desnudita.

Niña Lita llegó más tarde. Se echó a llorar sobre mí tan pronto como vio mi foto de secretaria: en su pecho sentía el duro recuerdo

de las tortillas que me quedó debiendo el día anterior. Recalcó a madre, con llanto y susurros, que tuvo una gran hija y que me negó las puertas abiertas por muchos años.

—La niña ya se fue — replicó, llena de odio.

Las tías no lloraban a conciencia. Recibían un pésame ajeno de amistades y vecinos. Mientras servían café se limpiaban las lágrimas con la mano. En sus rostros se notaba la prisa que tenían por dejarme ir. Mi olor ya no era de agrado y aquello donde me encontraba parecía descongelarse. Tía Aura, quien vivía en Santa Ana, llegó agitada a despedirme. Se le hizo un poco tarde por el trayecto, pero llegó con su cara de lluvia en pleno temporal. Hizo el intento por abrir aquello, porque quería verme por última vez, pero le dijeron que no podía hacerlo: tenía que respetar el protocolo de salubridad. Tía Aura estaba desesperada, buscaba una respuesta entre los rostros y palabras de todos.

—Siéntese aquí —le ordenó madre—, cerca de la luz de las velas amarillas. Aquí la va a sentir cercana. Llórela por toda su edad para que ninguna se quede con resentimiento.

Tía Aura asintió con las lágrimas. Aunque yo ya estuviera vieja, ella siempre que llegaba a casa me regalaba chocolatinas y sángüiches. Era la tradición que guardaba desde que yo estaba pequeña. Esa oportunidad no fue la excepción.

—Mirá —le explicó a madre—, yo le quería poner un último refrigerio a la niña, a saber si cenó, pero no se va poder porque ustedes dicen que eso está entrampado.

Entonces dijo que buscaría el modo de echarlo después, antes de que le dieran vuelta a toda la tierra. Madre tenía un pesar acalambrado y no sabía qué hacer entre tanto desorden. En cuanto lloraba, dejaba de llorar y se empeñaba en darle café con pan a la gente que iba llegando. Yo hubiese querido que me devolvieran el favor de la sopa de gallina india que hice, pero no fue así. El sitio parecía estar lleno, acalorado de tanta gente que me quería. Al final de la noche, madre y las tías quedaron solas: las almas que las habían acompañado se iban perdiendo en las sombras del asfalto.

Recogieron los vasos y tiraron a la cuneta el café que todavía tenían algunos de ellos. Los únicos tres bolitos de la cuadra se quedaron jugando naipes, esperando que me sacaran de la casa: los de la funeraria habían ordenado que, a más tardar a las cinco de la mañana del día siguiente, debían hacerlo. Madre y las tías se fueron a dormir un rato, dejaron las puertas abiertas por si me quería salir antes y así evitarles el trabajo de acompañarme. Sólo tía Aura se quedó conmigo un rato más y me contó una pasada en la casa de los ricos para los que trabajaba. Yo la escuchaba atentamente y deseaba tanto que pudiera alcanzarme los sángüiches y la chocolatina.

Las puertas seguían abiertas. Tía Aura olvidó cerrar porque se quedó dormida, pero no me fui. Ahí me quedé para que las tías y madre cumplieran su honor. El carro fúnebre llegó puntual a las cuatro y treinta de la mañana. Traían flores de no sé dónde y esa sí eran de las que me gustaban, porque niña Briseida les pidió de favor que las compraran en el centro. Tenían la carroza adornada de paniculatas, claveles y

lisandros malta. Madre y las tías se estaban bañando cuando ellos llegaron. Como nadie los recibió en las puertas, me sacaron sin permiso, pues tenían prisa por llevarme. El reloj dio las cinco de la mañana y ninguna de ellas estaba lista.

—Ya urge sacarla de aquí —gritó uno de los encargados de la funeraria—. Sólo les avisamos. Si ustedes quieren, nos pueden alcanzar.

Ninguna contestó.

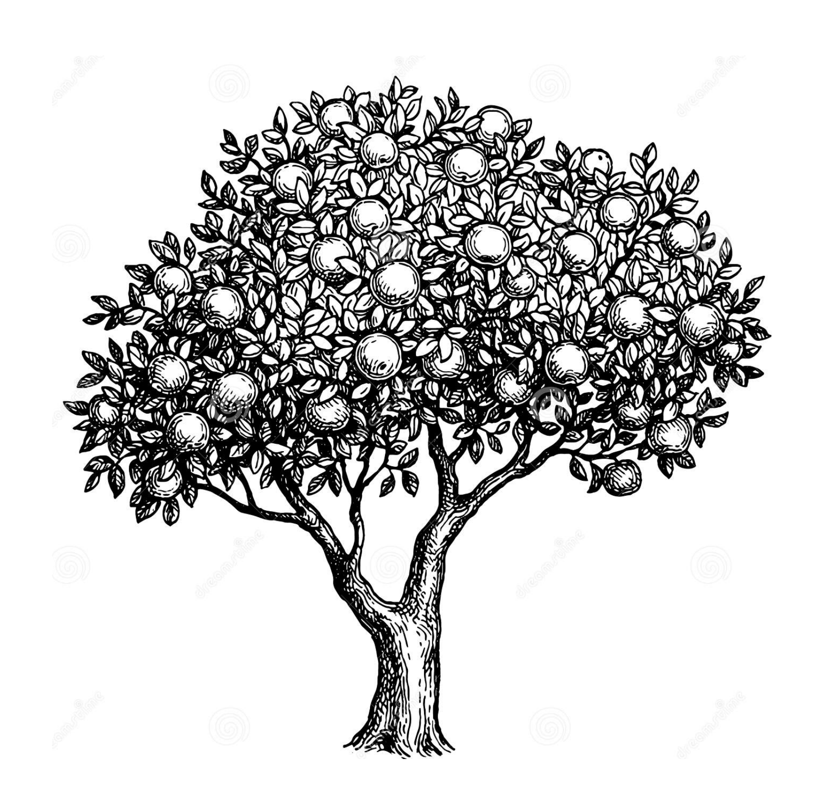
Aquello donde me tenían reposando estaba húmedo y goteaba. Había manchado el piso de la sala y, difícilmente, podrían desaparecer esos rastros de mí. Para sacarme los hombres tuvieron que usar guantes de látex y doble mascarilla por el mal olor. Cuando madre y las tías estuvieron listas decidieron desayunar. Todavía no eran las siete de la mañana. Dudaban un poco en salir de inmediato. Por fin, cuando se pusieron de acuerdo, salieron por otra de las puertas para evitar pasar por donde yo había estado. Antes de irse, rociaron, con mucha distancia de por medio, un poco de agua

con cloro. Las manchas no desaparecían y tenían un color ofensivo para la vista.

—Dejá eso así —le exigió madre a una de las tías—. Cuando regresemos veremos que más le hacemos. Dudo mucho que esas manchas se quiten.

Ninguna tenía prisa por salir. Yo las seguía observando cuidadosamente desde los pétalos de flores regados en el piso. En punto de las ocho fueron a buscarme, pero no me supieron encontrar.

# [JUNTO AL ÁRBOL DE JÍCARA



# AMNDRÉ RENTERÍA MEZA]

Chipuste se estaba acomodando en la cama para dormirse cuando llamaron a la puerta de su casa. A esas horas de la noche no buscaban a nadie más de su familia, sólo a él. Comprendió de inmediato que se trataba de una tarea sorpresa.

Sin mucho ánimo lanzó la colcha a un costado y se levantó del colchón. En la oscuridad comenzó a buscar una camisa cualquiera y su par yinas. Se vistió en silencio.

Volvieron a tocar la puerta de hierro con mayor énfasis. *¡A la puta!, ya voy*, reprochó en su mente y caminó hasta la entrada de la pequeña vivienda.

—Ya sabés, ¿verdad? —le advirtió su madre desde la penumbra del cuarto contiguo.

—Sí, mamá —respondió.

La mujer no tenía necesidad de preguntarle a su hijo dónde iba, ni con quién, ni lo que iba a hacer: lo sabía perfectamente.

Chipuste abrió la puerta y vio a su compañero, tan joven como él: llevaba una piocha en su mano derecha y una pala en la

izquierda. Salió a la calle, cerró la puerta, se le ocurrió que la pala pesaba menos, la tomó y ambos comenzaron a caminar en silencio.

En la claridad del camino, iluminado por las lámparas colgadas en los postes, Chipuste lamentó haberse puesto la camisa al azar. En su premura por salir se había puesto una prenda que le gustaba mucho. Hacía unos días la había encontrado en una tienda de ropa usada, entre una gran cantidad de mudadas importadas de la USA. Era una camiseta de algodón de color amarillo: en el frente llevaba estampada una combi Volkswagen que brillaba en la oscuridad cuando le había dado la luz. Era una camisa bonita. Iba a ser casi imposible encontrar otra igual. Qué regada habérsela puesto a la carrera y todo por la tocadera de la puerta.

—¿Y cuál era tú ajolote, vos? —le reprochó, molesto, Chipuste a su compañero.

El joven sólo produjo un ruido de rechazo con la boca.

—Dicen que ahora son varios —dijo él, después de un largo silencio—. Yo no me quiero acostar tan tarde otra vez.

—Pues sí —dijo Chipuste, resignado.

Siguieron caminando sin decirse nada.

Llegaron hasta donde terminaba la calle y comenzaba un montarrascal. A la distancia se escuchaban murmullos graves, pero sólo se distinguían las siluetas de otros dos muchachos envueltos en la sombra de la noche, bajo un árbol de jícara.

—Va, ahí vienen ya estos majes —dijo uno de los sujetos al ver llegar a Chipuste y su compañero con las herramientas.

El dibujo de la combi brilló.

—¿Qué putas te brilla en el pecho? —preguntó el otro que estaba ahí.

Nadie dijo nada.

Los dos muchachos que aguardaban en la oscuridad se fueron del lugar conversando de sus cosas. Chipuste y su compañero no tardaron en descubrir cinco cadáveres tendidos

en el piso. Ninguno de los dos se impresionó: esa etapa ya la habían superado hace ratos. También les daba igual que fueran viejos o jóvenes, mujeres u hombres. Muertos son muertos. Su exclusiva preocupación consistía en meterlos bajo tierra.

Sin demora Chipuste comenzó a pegarle a la tierra con la piocha. Le daba con todas sus fuerzas porque tenía que hacer una fosa tan grande como para meter los cinco cuerpos junto al árbol de jícara. Muy pronto su camisa amarilla comenzó a empaparse de sudor y el efecto fosforescente del dibujo se apagó.

—Jueputa, hoy sí está dura la tierra —se quejó jadeando.

—Vos dale, maje, que después voy yo —lo animó su compañero.

Después de un rato de fragmentar el piso Chipuste le ordenó a su compañero que comenzara a remover la tierra del hoyo para medir la profundidad. El joven comenzó a dar paladas.

Ya con sus ojos acostumbrados a la oscuridad, Chipuste distinguió los frutos esféricos del árbol de jícara: eran como pelotas pegadas a su tronco y sus ramas.

—Hey, maje, mirá el palo —le dijo a su compañero mientras este daba paladas—. Parece como que las cabezas de esos locos que enterramos el mes pasado se encaramaron al árbol. ¡Qué paloma se ve!

Su compañero volvió la mirada al árbol.

—¡Puta, Chipuste! —dijo con aspereza —. ¡Dejá de hablar tanta casaca! Yo me quiero ir a dormir temprano hoy.

—¡Vos no jodás! Apurate con esa pala, pues.

Una vez que hicieron la fosa lo suficientemente honda metieron los cuerpos sin mayor decencia ni protocolo y los cubrieron con tierra.

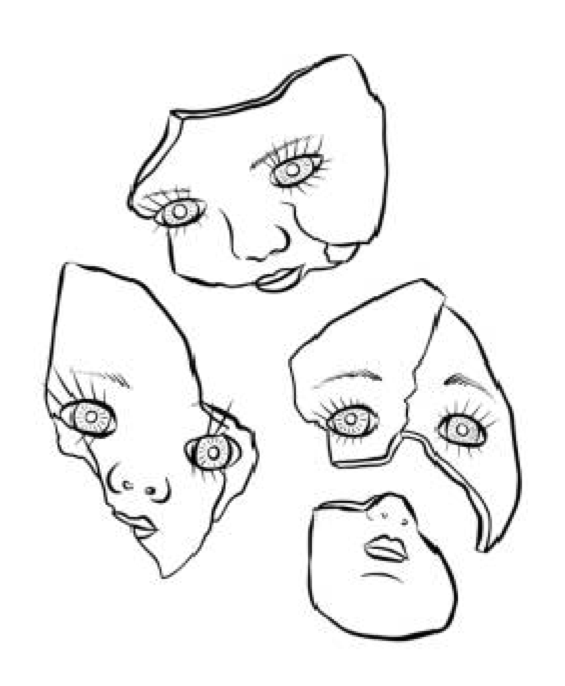
Cuando volvieron a la claridad de la calle Chipuste observó su camisa favorita empapada de sudor y manchas de sangre. También llevaba los pies polvosos y la sensación de que algún

fluido le había llenado los dedos. Por primera vez entendió los reclamos de su mamá cuando le exigía que no llevara el *ijillo* a la casa. No soportaba el hedor de la muerte. *Ya sabes, ¿verdad?*, lo había sentenciado unas horas antes.

Al llegar a su vivienda Chipuste se fue directamente al patio y se quitó toda la ropa y las yinas. Quedó completamente desnudo. A la bolsa de basura no podía lanzar las prendas: dejar cabos sueltos nunca es bueno. Con el dolor de su alma sabía que a su ropa, incluyendo su camisa favorita, le tocaría keroseno y flama, como a otras mudadas.

Cuando el fuego se consumió Chipuste se fue a dormir con la esperanza de encontrar, en el futuro, otra camisa igual de bonita a la que había sacrificado.

# [LOS QUE MANDAN

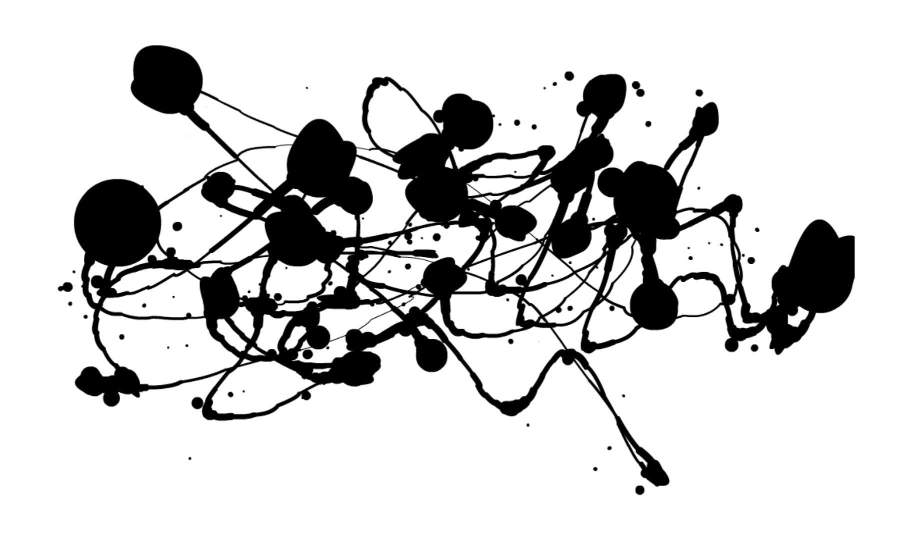


# JEANNETTE CRUZ]

Mi mamá me dijo que en este mundo las mujeres están para sufrir y los hombres para mandar. Por eso me mandó con este. Yo quiero saber para dónde vamos, pero él sólo escupe por la ventana. Lo que digo no lo escucha nadie. Como ya me dieron ganas de llorar mejor cierro los ojos, aunque es peor porque me acuerdo de Carlos diciéndome tontita, si no duele, tontita, yo te voy a cuidar. A saber dónde está. Lo fui a buscar a la colonia y me dijeron que ya no vivía ahí. Su mujer me veía bien brava desde la tienda. Yo tengo gusanos en la panza y también un niño. Tengo ganas de vomitar. Carlos me prometió una casita, me dijo que iba a ser bueno conmigo, como cuando jugábamos a las carreras y él contaba uno, dos, tres, te doy ventaja porque sos una niña. Pero ya no soy una niña, soy una mamá. Mañana cumplo doce. Un día Carlos me dijo que yo ya estaba bien crecidita y me dio pena porque él estaba con sus amigos peligrosos, pena y también gusto porque Carlos es bien guapo. No tuve tiempo de decirle que no me vaya a buscar a la casa porque ya me

voy. ¿Para dónde vamos? Si fuera invierno todo este monte que pasa volando por la ventana se vería verde, pero ahorita sólo se miran los cerros secos y amarillos. Yo quiero saber para dónde vamos, ¿sabe usted qué va a pasar conmigo?, pero este hombre sólo me grita que me calle. Entonces sí me escucha. Me acuerdo de la voz de Carlos diciéndome tontita y la de mi mamá diciéndome ¡en qué mierda nos has metido, grandísima puta!, y la de mi vecina diciéndome esa mujer te va a mandar a matar, ¿vos creés que se va a quedar así tranquila?, y también oigo a mi niño preguntándome por su papá, pero Carlos me dijo tontita y luego me dejó sola y ya no puedo llorar quedito porque no me cabe tanto ruido en el cuerpo y entonces mi cabeza rebota contra el vidrio, ¡callate, puta, si no querés llorar de veras!, y tengo que hacerle caso porque es un hombre y los hombres están en este mundo para mandar.

# [ARTE MODERNO



# FELIPE A. GARCÍA]

Alfonsina es, para gusto de este humilde crítico, la artista moderna más importante y revolucionaria de nuestra época. No me queda duda de que su único *performance* marcó un antes y un después en la historia del arte.

Para quienes no la conocen, Alfonsina era una joven de humilde procedencia, madre soltera y responsable de cuidar a sus seniles padres. Sus únicos estudios artísticos los recibió en el kínder, pero tuvo que abandonarlos cuando el Ministerio de Educación opinó que, teniendo en cuenta la coyuntura del país, su tendencia a salirse de la raya cuando coloreaba con crayolas era demasiado subversiva.

Muchos años después, Alfonsina fue despedida del call-center donde ganaba veinte dólares al mes. Como toda artista que se nutre de la tragedia para crear, a partir de esa desdicha ella preparó su primera y única obra titulada *Socialismo Express:* su primer lunes como desempleada Alfonsina se encaminó muy temprano a la estación del subterráneo, aguardó a que abrieran y, cuando el primer tren se aproximaba, se lanzó a las vías y terminó

desparramada por todo el lugar.

Si contemplan las salpicaduras de sangre que ahora decoran la estación, notarán una clara influencia del expresionismo abstracto de Jackson Pollock. El cuerpo de la artista partido en dos está definitivamente inspirado en la *Anna Karenina* de Tolstói. Pero sobre todo nótese la referencia romántica de la obra, debido a que la artista comparte su nombre con la célebre poeta argentina Alfonsina Storni, quien una mañana se dejó hundir en el Mar del Plata.

Pero como crítico no puedo quedarme únicamente con lo muy estético, debo ir más allá, analizar el impacto sociocultural de la obra y, además, como lo sugiere el mismo Schopenhauer, tener en cuenta su posible sostenimiento a través de los años.

Y es que tras la presentación del *performance* todo cambió en esta parte del mundo: ese lunes se cancelaron los viajes por el subterráneo, consiguiendo que nadie llegara a su trabajo, no solo ese día, sino toda la semana. Si analizamos este hecho semióticamente la

obra de Alfonsina tiene un mensaje muy claro:

*Si yo no trabajo, nadie lo hará*

Esto es una prueba de lo transgresor y revolucionario que el *performance* fue, pues ningún otro artista había conseguido desarmar tanto al sistema como lo hizo Alfonsina: ante las pérdidas económicas experimentadas durante esa semana en la que nadie trabajó las grandes empresas se vieron obligadas a despedir a la mitad de sus empleados, quienes a su vez tuvieron la necesidad de manifestarse, empujados por el hambre de los suyos. De esta manera, como evidente homenaje a la obra de Alfonsina, todos los lunes alguien se suicidaba en el subterráneo, continuando el mensaje revolucionario de *Si yo no trabajo, nadie lo hará.* El mercado nacional y el sistema económico del país se inmovilizaron.

El *performance* de Alfonsina no solo la convirtió en nuestra más importante artista, sino también en nuestro símbolo de revolución y en una nueva moda. Ella —así como Zapata, Pancho Villa, el Che Guevara, Martin Luther King o Gandhi, entre otros— consiguió que su

figura también se estampara en sombreado en camisetas y *souvenirs,* para un *target* con ideología de izquierda. El problema fue que, como Alfonsina quedó desparramada por toda la estación y no se encontró ninguna fotografía decente de su hermoso rostro, los estampados simplemente presentan un montón de manchas en escala de grises.

En menos de un año el país se declaró en quiebra. Ya nadie trabajaba, ya nadie producía, ya nadie ganaba nada. Los inversionistas internacionales nos dieron la espalda. El gobierno intentó concientizar a la población con poco éxito, incluso mandó a poner letreros en las estaciones:

*Favor no suicidarse los lunes*

Pero nadie hizo caso. Fue entonces cuando el gobierno tuvo que aceptar la derrota del sistema capitalista en nuestro país y, como medida desesperada, el presidente anunció que desde entonces en adelante seríamos una nación socialista.

Gracias al *performance* de Alfonsina nació

el *Socialismo Express*, concepto que integra *socialismo* —el sistema de organización social en el que todo es de todos, el cual se impuso en el país después de los suicidios— y las diversas connotaciones de la palabra *express: expresar* (lo que hizo Alfonsina al suicidarse tras perder su trabajo), *rapidez* (velocidad con la que se impuso aquel sistema de organización tras la revolución de la clase media y baja inspirada por la obra de Alfonsina) y, finalmente, como sinónimo de la palabra *tren* (medio de transporte que arrolló con gran velocidad a la joven artista durante su *performance*).

Si arte, para los ortodoxos, es la expresión de la belleza a través de un medio físico, que posee un mensaje claro y que logra perdurar en el tiempo, no queda duda de que la obra *Socialismo Express* de Alfonsina es arte: no solo es hermosa estéticamente, y clara conceptualmente, sino que también, por lo menos aquí, en esta parte del mundo, perdurará en el tiempo.

# [¿USTED VA AL CIELO O AL INFIERNO?



# GERALDINA]

*Te amo como mi semejante*
*mi igual mi parecida*
*de esclava a esclava*
*parejas en la subversión*
*al orden domesticado.*

**Cristina Peri Rossi**

Con el tiempo y la censura comienzo a olvidar que hace un tiempo, bajos los efectos de la emoción y el descuido, le fui fiel a mi naturaleza. Desde entonces estoy condenada a repetir la única coreografía que tengo guardada y debo seguir el camino que mis antepasados marcaron para enseñarme a ser la mujer, detrás del gran hombre, que debo ser.

Las cosas salieron mal cuando olvidé las reglas. Todos piensan que conocí al mismo diablo hecho mujer que me llenó hasta las venas con pecados. Creen que sus manos engendraron el amor más prohibido en mi cuerpo y que yo, sin saberlo, abracé a la muerte. Están seguros de que dejó su presencia en cada espacio hasta quitarme todo y después tomó pedazos de mi alma, los marcó con su nombre y me hizo suya para siempre.

Le pertenezco, es cierto, pero de ella no viene lo malo. Yo ascendía al cielo cuando nuestras miradas se cruzaban, mis pies flotaban con calma y mi cuerpo se purificaba cada vez que ella tocaba mi piel. Luego, salía del trance, volvía al infierno, con desesperación e

inquietud. Los demás susurraban con pena *Ya no se salvan*, *Quizás un hombre puede arreglarlas* y sellaban el final de la maldición con un *Amén*.

Pasamos bastante tiempo ignorándolos: ninguna necesitaba un hombre o un paraíso después de la vida si lo teníamos todo estando juntas. Lo malo fue que no nos dimos cuenta de que se molestaron más. Pronto dejaron la timidez y comenzaron a gritar con voces y lenguas que nos quemaban vivas.

Nuestro fin llegó cuando mi familia también se dio cuenta. Después de llorar por mí, como la oveja perdida que yo era, me arrancaron de las manos del demonio y me entregaron al ángel de alas chamuscadas: un buen hombre, ferviente creyente de lo divino de la Palabra que dicta el hombre y lo beneficia. Él limpió mi cuerpo con los líquidos que dios manda, llenó mi vientre con muestras de fe y apagó mi corazón para llevarme a las puertas del cielo.

El salvador me prohibió volver a verla. Para que no tuviera tiempo ni ganas de buscarla me

dejó la tarea de cantar aves marías y padres nuestros desde la primera hora sin él, sin parar, hasta su regreso. Tal vez así, sólo así, pueda comprender el daño que causé y logre el perdón de mis faltas.

Nadie se da cuenta de que yo no busco el perdón, solo tranquilidad.

Aunque la entierre en una caja con llave y sin señales, para no volver a encontrarla, siempre viene a mis sueños.

Hace unos días tuvimos nuestra última cena y compartimos el último pan, bebimos hasta las últimas gotas de vino.

Pero ya van más de tres días y no podemos resucitar.

Nos dejaron muertas.

Encerradas en una cueva, con una piedra tapando la salida.

# [RÉQUIEM DE LOS DOMINGOS



# JORGE MERCADO]

Alma tiene un perro que está muerto pero que aún ladra por las noches. Murió de rabia en la habitación contigua a la cocina y no deja de ladrar allí todas las lunas, a pesar de haber sido enterrado bajo el árbol del patio trasero. Alma, todas las noches antes de irse a la cama, le lleva un filete que roba del supermercado donde trabaja. Por las mañanas el filete ya no está, pero sí está el olor de siempre que el perro sigue conservando después de muerto.

No extraña a su perro en las mañanas del domingo, cuando no va al trabajo. Por las mañanas del domingo se sienta y escucha cantar en la habitación de su hermana —quien está de viaje con su antiguo marido— a su canario muerto. El canario murió en su jaula ahogado por una semilla demasiado grande para engullir que por accidente se coló en medio de los barrotes. A Alma le parece que su canario muerto canta más lindo ahora que cuando estaba vivo, por eso le deja, sobre la cómoda de la habitación de su hermana, las semillas que roba del supermercado donde trabaja. Pero esta vez se cerciora de que las semillas sean lo

suficientemente pequeñas para que el ave no vuelva a ahogarse.

Cuando el concierto de su canario muerto termina por las mañanas de los domingos, Alma se dedica a alimentar a su madre, quien descansa todos los días en la habitación de al lado de la habitación contigua a la cocina. La madre de Alma tiene los ojos fijos en el techo, la boca abierta como si pronunciara para siempre la letra *A* y sus manos están cruzadas rígidamente sobre su pecho. La madre de Alma ya no respira. A Alma le tomó algún tiempo acostumbrarse al hedor con el cual la enfermedad de su madre perfuma la habitación, hasta que descubrió que no hay pestilencia que el amor de una buena hija no pueda soportar.

Cuando Alma alimenta a su madre, le cuenta su historia de amor con el tipo que lleva el inventario en el almacén del supermercado donde trabaja. Le dice que cada día las miradas furtivas son más, que el tipo incluso estuvo a punto un día de estos de pedirle a ella que le alcanzara unos utensilios de cocina que se le habían caído al suelo, que si no hubiera sido

porque la entrometida de su compañera de trabajo pasaba por ahí, de seguro el tipo le habría dirigido la palabra, que todas estas cosas le hacen estar segura de que muy pronto el tipo le propondrá matrimonio.

Le cuenta a su madre que eso la hace muy feliz, que casándose con él los problemas serán menos y la comida será más abundante, que casi ya no hay abasto de las cosas que roba del supermercado donde trabaja, pero que seguramente el suyo será el mejor marido que una mujer podría tener y que lo más probable es que ya ni siquiera tenga que matarse trabajando como mula, porque su esposo se matará trabajando como burro por las dos, por ti, mamá, por el perro, por el canario y hasta por mi hijo. Por su hijo que desde hace mucho tiempo no se aparece por la casa.

Alma entrecierra un poco los ojos y mira hacia el suelo. Le decepciona que su hijo sólo vuelva al hogar cuando le da la gana y nada más para robarse el dinero que ella esconde debajo del jarrón que está en la mesa de la cocina. Le preocupa que su hijo todavía sufra de

dolor por las balas que le vaciaron la sangre. Piensa que la muerte ha hecho cambiar a su hijo, la muerte es la culpable de que su hijo ahora sea un rebelde que solo está muerto para despilfarrar el dinero en quién sabe qué vicios que no son de este mundo. Alma cree que si el padre de su hijo no se hubiera ido de viaje hace varios años junto a su hermana, tan acaramelados los dos, tal vez su hijo no estaría tan extraviado del buen camino como lo está ahora. Por eso vuelve a sonreír cuando recuerda a su futuro esposo y le dice a su madre que cuando se case, entre su marido y ella, será más fácil hacer entrar en razón a su hijo muerto.

Cuando llegan las tardes del domingo, Alma se dirige hacia la mecedora que hay en el corredor de la casa y se sienta a observar las otras casas que hay alrededor. Se sienta a preguntarse cómo es posible que sus vecinos permitan que sus casas estén tan destruidas. También se sienta a inquietarse por averiguar cómo le hacen los vecinos para poder dormir bajo tantos escombros. En ese momento Alma

recuerda lo último que le dijo a su hijo hace unos cuantos días cuando escuchó cómo el jarrón era removido para sacar el dinero que ocultaba. Nunca, le dijo, por más lejos que estuviera, debía olvidarse del lugar donde quedaba su hogar, no sea que el día en que decidas regresar no encuentres más que escombros. Se lo dijo desde detrás de la puerta de la cocina porque no se atrevió a mirarlo, sintió miedo de ver que la clase de cambios dados por la mala vida que la muerte le ofrecía, lo tuvieran tan cambiado que ya no podría reconocerlo.

Perdida en sus pensamientos, Alma recibe las noches de los domingos, que si no fuera porque su perro muerto la saca de ellos con sus ladridos de hambre, no se daría cuenta de que el sol ya anda iluminando otros lugares. Por ahora es mejor ir a dejarle el filete al animal, que Alma piensa que si hay algo triste en este mundo es andarse muriendo de hambre. Después irá a regar las flores marchitas del jarrón en el que esconde el dinero y por último se irá a tumbar a la cama, como todas las

noches de domingo, relajada, a pesar de que en la vida de las mujeres como ella ni en los domingos se descansa, y terminará la página quince que tanto le ha costado leer del libro que robó del supermercado donde trabajaba antes de trabajar donde lo hace actualmente. Del anterior la despidieron por descubrirla robando. Luego se dormirá con una sonrisa porque mañana tal vez sea el día, mañana tal vez su amante del almacén le proponga matrimonio, ya no puede ser posible que siga reprimiendo por más tiempo ese deseo enfermizo que siente por ella, que se le nota en los ojos.

# [CINCO MINUTOS




# NANCY GUTIÉRREZ]

Uno no quiere matarse todos los días, es sólo que hay días en que uno sólo quiere morir.

Uno espera a la muerte, se para frente a la ventana del séptimo piso y espera que llegue. Pero uno es impaciente y, como ella no llega, uno abre la ventana, se para en la cornisa, agita los brazos y la llama. Pero ella no escucha.

Los que caminan por la calle sí. Ellos se asustan y creen que uno está loco. No entienden que hoy es un día en que uno solo quiere morir.

Dicen que dos inviernos han pasado. No lo sé, quizá sí. En este lugar no se escuchan los sonidos de allá afuera, lo único que se escucha son las voces que ya no caben en la cabeza. Dos veces, durante dos inviernos, he intentado dejarlas aquí y volar sin ellas. Nunca he llegado más allá de los cuatro metros cuadrados de mi habitación

Tres lágrimas. Tres lágrimas son todo lo que me queda de hace dos inviernos. Debo guardarlas para cuando salga de aquí. Aún huelen a sal. Aún pertenecen al mundo de afuera. Lo sé porque las de aquí sólo huelen a metal.

Son ya cuatro noches en que no puedo dormir. Todas esas noches cuatro o seis gatos maúllan, corren y hacen fiesta en el techo. Los escucho y trato de saber de qué hablan. Lorena me dice que hablan de sus vidas pasadas; ellos tienen siete, me asegura. Y los de nuestro techo van por la tercera. Los envidio.

Cinco minutos, cinco años, cinco meses. Ya no tengo conciencia del tiempo. Uno se para sólo cinco segundos en la cornisa del séptimo piso y ellos creen que uno está loco. Uno quiere volar sólo cinco minutos. Quiere hablar con las voces de su cabeza sólo cinco minutos y ellos creen que uno está loco.

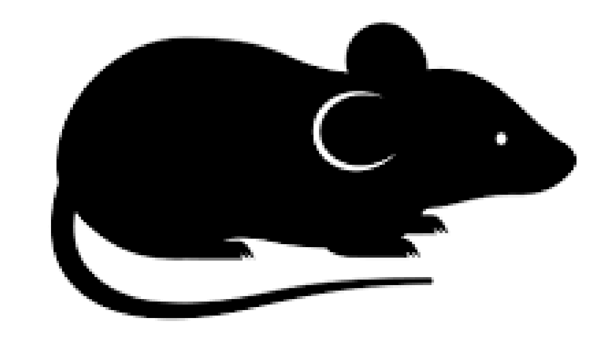
Uno guarda tres lágrimas en una cajita de música y ellos creen que esas lágrimas no existen.

Uno no cierra los ojos durante cuatro noches y ellos creen que uno está mal.

Uno envidia a los gatos y ellos creen que uno no va a mejorar.

Uno no quiso matarse un día: es sólo que, un día, uno quiso morir.

# [EL ABUELO



# KATY ÁLVAREZ]

Caí en cuenta de que tenía abuelo cuando me faltó. Digo, siempre supe que tenía un abuelo, pero tomé conciencia de su peso en mi vida con su ausencia. ¿Por qué será que los abuelos tienen ese efecto? Parecen ser siempre viejos, como si lo único que hubieran hecho en su vida es ser nuestros abuelos. Al menos, eso era lo que percibía con tan solo nueve años.

Cuando mi abuelo murió, y vaciamos su habitación, saltó un ratoncito de su armario. Era un ratón pequeño y simpático, de esos que te agradan a pesar del mal concepto que tenemos de los ratones. Mi tío Nelson, el esposo de mi tía Loty, tomó un recipiente y encerró al ratón, luego pasó un cuaderno por debajo y así se lo llevó, fuera de la casa.

La casa de mis abuelos era un lugar en el que no pasaban muchas cosas. Siempre hacía calor, aunque estuviera rodeada de ventanas y tuviera un patio en cuyo jardín había un mural de palmeras que, bajo la mirada reflexiva de la memoria, se me aparece feúcho. También había una hamaca disputada entre los primos y de la que, alguna vez, nos caímos por querer usarla

todos a la vez. Pasábamos la tarde hablando en susurros para que nuestros sonidos no llegaran hasta el abuelo dormido que no debíamos despertar.

Al fondo del patio estaba el lavadero, ahí fabricábamos mejunjes con champú, especias, detergente, cremas y quién sabe qué otras tantas cosas que encontrábamos en la casa de los abuelos. El reto de verdad era sacarlas a escondidas para poderlas agregar. Había una especie de honor en ser el que robaba el ingrediente más loco de la cocina sin que lo descubriera el abuelo. Cuando de repente se oían sus gritos regañando a alguno que había sido encontrado en flagrancia, los demás corríamos a escondernos muertos de risa. La cosa cambiaba si el ajusticiado eras tú.

Mi abuelo se levantaba en calzoncillos, camiseta blanca y el ceño fruncido. Torcía la boca, como evocando el cigarro que no le dejaban portar. Ese gesto no se lo quitó ni el cáncer. Ya le ganaba la tos a las palabras, pero lo seguíamos viendo gigante: le teníamos miedo.

Seguro él también se divertía cuándo nos veía correr despavoridos en retirada.

De carrera en carrera, no nos dimos cuenta que el abuelo cada vez nos regañaba menos. Que cada vez había más tiempo para robarnos los ingredientes y las correrías de huida eran cada vez más espaciadas.

Cuando el abuelo se fue, solo quedó el olor a cigarro. Ese olor que antes me hacía arrugar la nariz, hoy lo buscaba impregnado en las sábanas, en su ropa, en su almohada. Bajamos los álbumes de fotos de su armario: no fue difícil, mi abuelo tenía manía por el orden. Ahí conservaba la vida que nunca supe que tenía, sus viajes etiquetados por año y país que visitaba. Su sonrisa intacta. De ahí saltó el ratón también, ese que ya no pudo echar cuando abandonó hasta su manía de limpiar.

Caí en cuenta que tuve abuelo cuando me faltó. Lo supe cuando dejamos de hablar en susurros, porque nadie se iba a despertar. Lo supe cuando la habitación quedó vacía y el ratón, su último habitante, se alejó de mí corriendo por la grama.

# [MUTILACIONES



# RICARDO HERNÁNDEZ PEREIRA]

A don Armando le gustaba mostrar sus dedos.

No era como otra gente que, al faltarles algún miembro, se preocupaba por disimularlo bajo un guante, un pañuelo o un calcetín. No. A don Armando le gustaba mostrarse. Extendía su mano o levantaba lo que quedaba de sus dedos y decía *Pasame el tarro de azúcar, pasame las servilletas, pasame la llave inglesa.*

Mi madre me tenía prohibido hablarle porque, en el fondo, no le simpatizaba. No era por sus amputaciones, sino porque no lo creía un tipo normal. Además, tenía amigos policías y ella los detestaba. Yo sentía una fuerte afinidad por él y me pareció que su sentido del humor compensaba en gran medida la carencia de sus dedos. Siempre lo consideré un tipo divertido, ingenioso y un excelente mecánico, hasta la noche de los sucesos.

Cuando revisaba los vehículos de mi madre y de mi tía, yo me sentaba en silencio, a la entrada del garaje, con *mi amigo*, y ambos lo mirábamos trabajar. Manipulaba las herramientas con una habilidad extraordinaria:

parecía tener dedos de más. Fue en una de esas tardes, entre anécdotas y chistes, que don Armando se aventuró a revelarme lo del cementerio de carros.

—Es un océano de vehículos —dijo, moviendo las manos al hablar—. Mavericks, Mercedes, Chevys... A veces voy y consigo piezas que me hacen faltan. Otras veces voy sólo porque me gusta ver los atardeceres ahí.

Mi tía y él salían. De vez en cuando, pero salían. Por eso sus visitas a casa se volvieron cada vez más frecuentes. Cenaba con nosotros una vez por semana y yo veía lo que quedaba de su dedo anular y meñique sobre el mantel decorado de la mesa. Hablaba durante horas sobre sus expediciones evangelizadoras por tierras del sur. De la vez que intentó cristianizar a una tribu de salvajes y casi le costó la vida. De cuando fue detenido por contrabandear medicamentos destinados a una comunidad de leprosos en el Orinoco. Y muchos otros sucesos extraños e increíbles que contaba en medio de risas, mientras señalaba con sus muñones a su reducido público.

Por eso, ante tanta familiaridad, don

Armando tuvo el valor de comentarme lo del cementerio de carros.

Él vivía en las afueras de San Salvador. Yo sabía eso porque tuve que acompañar a mi tía cierto día, cuando no hubo modo de sacarlo de casa antes de que dejaran de pasar los buses. Lo sabía también porque esa noche mi madre me obligó a que los acompañara. Entonces pude ver a don Armando bajarse del auto, dirigirme una sonrisa bobalicona, y decirme adiós con los tres dedos de su mano izquierda. Corrió por un callejón oscuro y se sumergió en una especie de templo adventista que tenía una fachada más espectral que religiosa.

¿Por qué mi tía salía con un tipo como él? En ese momento, no lo comprendía.

Fueron muchas semanas después cuando escuché a mi tía quejarse de un dolor extraño en las manos y en las muñecas. Eran las más encantadoras manos que yo jamás había visto y don Armando las sostenía en medio de sus muñones lascivos y escrutadores. Las acariciaba y decía cosas sobre ir juntos al cementerio de autos, sobre ir y contemplar a solas la puesta de sol, sobre la necesidad de

estar a solas con ella. Lo dijo tantas veces que la súplica se volvió insistente y, a pesar de que mi tía no se mostró del todo segura, aceptó acompañarlo.

—Bien nos podríamos adelantar —masculló *mi amigo*, y yo no pude estar más de acuerdo con él.

Aquel cementerio provocó en mí un profundo sentimiento de melancolía. Era un paraje amplio invadido por la carrocería y la vegetación. Por unos instantes lo imaginé un laberinto enorme compuesto de esqueletos de autos y arbustos. Había senderos desiguales que se bifurcaban y conducían hacia zonas oscuras del inmenso predio. Me posé dentro de un escarabajo desmantelado y me limité a esperar a que mi tía y el sujeto aparecieran.

Comenzaba a cabecear cuando, de pronto, un tipo enorme y con barba de chivo se posó justo sobre mi costado. Retrocedí violentamente mientras él me suplicaba silencio. Me enseñó sus manos y pude comprobar que él también estaba incompleto.

—Estás sentado en un Triumph del 54 —

dijo entre risas.

—Pensé que era un Volkswagen.

Meneó la cabeza. Afirmó ser el dueño del lugar.

—¿Cómo perdiste el dedo? —me preguntó, y le respondí que había sido en un accidente de cocina.

—¿Viniste a ver el atardecer?

Asentí.

—Hay un sujeto que siempre hace lo mismo y, francamente, no me agrada su presencia.

Guardó silencio y, luego de un rato, dio media vuelta y se metió a una destartalada caseta de vigilancia.

Media hora después, mi tía y don Armando asomaron por el cementerio. Enfilaron por uno de los senderos y desaparecieron en medio de un mar de furgones y camionetas oxidadas. Los seguí presagiando que nada agradable resultaría de todo aquello, y con la certeza de que debía proteger los intereses de la familia.

Por unos instantes me desorienté. Me arrimé a un Datsun chamuscado y me dispuse a escuchar el sonido del ambiente. Miré hacia el cielo y lo hallé límpido, con algunas estrellas asomando sobre un firmamento violáceo que se resistía a desaparecer. Se me ocurrió entonces gritar, pero *mi amigo* posó discretamente su dedo índice en mis labios.

—Tenemos que escuchar.

A lo lejos escuché el primer grito. Me pareció que era parte de la brisa crepuscular o producto del resuello de las copas de los árboles, pero al escucharlo por segunda vez tomé conciencia de la gravedad de las circunstancias. Eran alaridos, definitivamente, y provenían de la pendiente que conducía hacia un enorme barranco.

Corrimos hasta el lugar y lo que hallamos nos pareció algo más salido de un sueño macabro que un suceso de la vida real. Atrapado, entre la puerta de un camión, se hallaba don Armando, el ingenioso mecánico, totalmente desnudo, luchando desesperadamente por liberar su brazo prensado de la portezuela del vehículo. A sus

pies, igualmente desnuda y enarbolando las tenazas con las que solía podar sus claveles y sus rosales, estaba mi tía, junto a unas bolitas de carne que me parecieron ser los dedos del pie derecho de don Armando: ya los había cercenado por completo, y se disponía a continuar con los del pie izquierdo.

Fue una escena de espanto que trajo a mi memoria un recuerdo que había luchado por olvidar durante años: la vez que perdí mi dedo cortando cebollas en la cocina. Nadie que ame a un niño mira con la voracidad con la que mi tía me vio esa mañana. Lejos de horror, sus ojos reflejaron avidez mientras metía mi dedo en un vaso con hielo. Hay cosas que se olvidan con facilidad, pero mis esfuerzos no fueron suficientes para lograr borrarme aquella mirada, la misma mirada que ahora dirigía mi tía al cuerpo de su amante, mientras lo cortaba como quien desgaja unas uvas maduras de su racimo: con ansiedad.

Las detonaciones fueron rápidas y precisas: la primera desprendió de tajo su fina mano a la altura de la muñeca, junto con las tenazas, las cuales volaron por los aires; la

segunda destrozó su base, justo debajo de sus pantorrillas, las cuales no volverían a ser nunca más hermosas ni níveas. Sus alaridos se confundieron entonces con los de don Armando, quien no dejaba de berrear, a pesar de haber liberado ya su brazo, gracias a su ingenio y a sus manos habilidosas.

Quise aproximarme para contemplar mejor aquel sueño de muerte, pero el sujeto enorme y con barba de chivo me impidió el paso.

—Estas son las cosas que de verdad me desagradan —bufó, mientras recargaba de nuevo su revólver.

Los gritos y lamentaciones, lejos de mermar, aumentaron. El mecánico intentó avanzar, como una oruga, y buscó cabida debajo del enorme automotor en donde se encontraba. Aulló por un par de minutos e invocó a un ser celestial. Mi tía, en cambio, me contempló desde la distancia con unos ojos hermosos y perturbadores que, hasta ese momento, nunca había conocido.

Atesoré el recuerdo de esa mirada como quien atesora una propiedad sagrada, como si todo aquello adquiriera una relevancia trascendental, no sólo en mi vida, sino en la de

mi familia.

Hubo otras detonaciones, igual de ruidosas y liberadoras, y por fin pudimos regresar a casa esa misma noche, junto al sujeto enorme con barba de chivo que se sentó en la mesa y no volvió a separarse nunca más de nuestro lado. Casualmente, nos faltaba el mismo dedo y teníamos la misma afición por las armas.

Conservé también el revólver en la cómoda de mi cuarto, junto con lo que quedó de la mano de mi tía (pequeña, seductora, que estoy seguro que yo también hubiese besado de haber tenido la oportunidad de hacerlo) y que aún permanece incorrupta dentro de un pequeño frasco que mantengo entre los cajones de mi guardarropa.

Mi madre, como era de esperarse, comenzó a alarmarse y hacer algunas preguntas, y ante la incertidumbre le propuse que notificara las desapariciones a las autoridades correspondientes.

—No confío en los policías —me respondió.

Yo tampoco confiaba. De hecho, no confiaba en nadie más que en ella.



## DEKÁLOGO TRCHNBZR

***1.*** *La literatura es inservible, pero también es imprescindible. Un cóctel molotov lanzado a un grupo de policías armados siempre es más efectivo, y hace más bien, que escribir un libro. La solución, desde luego, es alternar una actividad con la otra y no mezclarlas. Se sugiere aprender de memoria el prefacio de Wilde a* El retrato de Dorian Gray *mientras se elaboran los cocteles.*

***2.*** *Toda literatura es un palimpsesto.* No hay nada nuevo bajo el sol, *dice el Eclesiastés. La única escritura posible se realiza desde los hombros de gigantes o desde los enanos que estuvieron subidos también a esos hombros. Desde los de Homero, por ejemplo, Joyce vio sus veinticuatro horas en Dublín y desde los de Faulkner se hicieron todos los libros tempranos del* Boom*.*

***3.*** *El ego es una ilusión occidental. El último autor de toda obra literaria es el Tiempo. ¿Se imaginaron los sacerdotes maya-quiché que su libro sagrado sería leído exclusivamente por estudiantes de secundaria? ¿Quién escribió el Quijote: Cervantes o Pierre Menard? ¿A quién le importan realmente estas cosas, aparte de a los historiadores, antropólogos y filólogos que sobre algo deben escribir sus tesis y artículos?*

***4.*** *Los derechos de autor son una ilusión capitalista. Toda obra literaria debe estar totalmente disponible, todo el tiempo, para todas las personas, a través de medios tanto físicos como virtuales, gratis o a precios mínimos. Las ediciones de lujo son posibles, para satisfacer a los fetichistas y a los usuarios de redes sociales que deseen tomarles fotos al lado de una taza de café. Ver el tercer numeral del decálogo.*

***5.*** *Los géneros y los subgéneros literarios no son más que facilidades didácticas y comerciales para docentes y editoriales, respectivamente. Toda obra literaria genuina es inclasificable o trasciende el género o subgénero que la enmarca o, mejor aún, crea el propio.*

***6.*** *Una obra literaria nunca se termina, sólo se abandona: por cansancio, falta de lectores, desidia, falta de tiempo, tedio, falta de recursos económicos o, infrecuentemente, satisfacción o falta de correcciones y adiciones o sustracciones.*

***7.*** *La longitud perfecta para un texto literario es la ubicada entre lo que el* Shirley Jackson Award *denomina* novellete *o* mid-lenght fiction *(de 7500 a 17499 palabras) y lo que denomina* novella *o* long fiction *(17500 y 39999). Pensar en* Tlön Uqbar, Orbis Tertius, *en* El informe sobre ciegos, *en* Prisión perpetua, *en* El Perseguidor, *en* El perjurio de la nieve, *y ni siquiera*

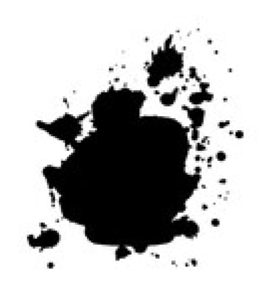
*hemos salido de la Argentina patriarcal de mediados del siglo XX.*

***8**. El compromiso social es una ilusión comunista. Las ideas políticas valen menos que la forma y el estilo. Comparar* Rayuela *con el* Libro de Manuel, *o* Taberna y otros lugares *con los* Poemas Clandestinos. *La buena literatura es transgresiva en sí misma y le hace más daño al Sistema que un libro mal escrito, independientemetne de sus buenas intenciones. Ver primer numeral del decálogo.*

***9**. En literatura, la popularidad y la calidad son términos mutuamente excluyentes, excepto en ciertos casos (verbigracia:* Cien años de soledad *o* El nombre de la rosa, *digamos). Por lo general se debe aspirar a la oscuridad, al olvido. Si las futuras generaciones no dejan caer tus textos el mérito será de ellas, no tuyo. Ver el tercer numeral del decálogo.*

***10.** La mejor literatura del siglo XX fue escrita por J. L. Borges, Úrsula K. Leguin, Franz Kafka y Anne Carson. Para el siglo XXI aún hay plazas disponibles.*

**TRICHINOBEZOAR PRODUCTIONS 003**



**[zenondeelea78@gmail.com]**

**SAN SALVADOR, EL SALVADOR**

**JUNIO 2021**